

# EL RADICAL

SEMANARIO POPULAR

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Trimestre. 0'75 pesetas  
Pago anticipado

TORTOSA

Sábado 15 de Febrero de 1913

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza O'Callaghan, núm. 5

## Moralitat republicana

La setmana passada publicaven los periódichs una noticia que, a pesar de sea molt curta, inclou fonda ensenyança:

«En Cenia han sido detenidos siete individuos que, en varias esquinas de aquel pueblo, fijaron pasquines con inscripciones inmorales y anticlericales.

Los siete pertenecen al Centro republicano.»

Precisament ara que «El Pueblo» mos está unflant en cada número posant pels núvols los progressos morals de Cenia! Tot just la setmana passada, que l'corresponsal de Cenia, en un *esperpento* literari titulat «La bola de nieve», mos parla dels *ideales elevados* com si els republicans ne tinguessen l'únic usufructe!...

«...pasquines con inscripciones inmorales... Los siete pertenecen al Centro republicano.»

No n'hi ha poca d'ensenyança en estes quatre lletres pera 'ls que tenen ulls a la cara y un parell de dits de front!

No diuen, los periódichs que donen la noticia, si la gent de Cenia ha trobat estrany que fossen republicans (i lectors probablemente de «El Pueblo» i amics, sense dupte, de D. Pedanci) los que s'entretenien en apegar indecencies per les cantonades del poble. Jo m'hi jugaria doble contra senzill que no li ha vingut de nou a ningú; m'hi jugaria cualsevol cosa que lo que hauria passat a tots hauria sigut que 'ls desvergonyits detinguts fossen afiliats al partit tradicionaliste o congregants de Sant Lluís; una aurella m'hi jugaria, sense cap temor de perdrela, que si a la gent de Cenia, justament ofesa per les immoralitats del set desvergonyits del Centre republicà, li hagués encarregat la Justícia la busca i captura dels delinqüents, ni 'ls hauria anats a buscar per les sacristies ni a les cases honorades aont se cumplixen los deures de cristià, sino allí precisament aont estaven, a n'aquella societat dels *ideales elevados* aont D. Pedanci sol anar a soltarhi les seues estúpides bravaconades i enigmàtiques filosofies per a guanyarse'l sopà que li paguen los atontits.

Axis passa aquí a Tortosa. Un

dia unes monjes van ser insultades per uns xiquets que no tenien altres senyes pera seguirlos la pista que una bossa a trosos penjada al coll i una llengua infernal dins d'una boca de claveguera. Saben aont van ser buscats i trobats per indicació de tots i per orde de l'alcalde? Al Colegio de D. Pedanci. Y axó que en aquell temps lo senyor mestre encara no havia fet la apologia de la blasfemia en un article fusellable, ni en les sessions de l'Ajuntament havia soltat les barbaritats que ni'l matex autor vol que siguen incluides al libre de les actes!

Qué hu deu ferho que la opinió general sempre sol aplicarlos als republicans los miracles d'esta especie i no als católicos? Qué hu deu ferho que, a pesar de la igualtat, de la fraternitat, de la filantropia i de l'altruisme que prediquen a totes hores, tothom s'en estranyaria de que fossen republicans (sobre tot republicans dels que han sigut instruits i educats per D. Pedanci) los que visiten setmanalment los vellets de les *Hermanitas* i 'ls recluits a la presó i 'ls malalts de l'Hospital i 'ls pobres vergonyants que no s'atreixen a exir de casa pera estendre la mà devant dels transeunts? Y com es que no s'en estranyen gens de que axó ho fassen los congregants de Maria Immaculada, i 'ls jóvens del Requeté i 'ls senyors i senyores de les «Conferencias de Sant Vicent de Paul?»

No sé si D. Pedanci, qui té unes teories molt estrambótiques, intentarà probarnos que les turbes tenen l'instint d'errar en les seues apreciaciones; pero'l fet es cert i diu molt poc en favor de la cultura, moralitat i *elevados ideales* d'esta xusma que puja alimentada espiritualment per periódichs com «El Pueblo» i oradors com D. Pedanci, en lo gorro frigi al cap, les aures ben atentes per si 'ls criden de la casa gran, una mà a les cantonades de carrer ampegant indesencies i l'altra a la butxaca per a guardarse del correligionari que fa la matexa faena al seu costat.

Pobra Cenia i pobra Tortosa i pobra Espanya lo dia que axó no trobés resistencia pera la satisfacció dels seus baxos instints acabats d'eczaltar pels esplotadors que no tenen res que perdre i podrien ben bé pescar a *rio revuelto*.

«...pasquines con inscripciones

inmorales... Los siete pertenecen al Centro republicano.»

Quina honra pera la familia! No hu contará «El Pueblo» de mostrant que es una *añagaza clerical y caciquista?*

## CUARESMA FORZOSA

D. Gonzalo de Tragón subió jadeante hasta el rellano del magnífico entresuelo, con honores de principal, en que el afamado doctor X., especialista eminente en achaques estomacales, tenía su lujoso despacho de consultas.

Antes de poner su ensortijado índice en el botón del llamador eléctrico, D. Gonzalo de Tragón dió un par de resoplidos atenuados y paseó su mano carnosa por el espléndido abdomen, acariciándolo suavemente. ¡Lo tenía enfermo!

—¿El doctor X.?  
—Pase V.,—le dijo el ujier con dudosa cortesía.

Al ver la antesala llena de pacientes, D. Gonzalo no pudo evitar un gesto de malhumor.

Saludó con una lijera inclinación de cabeza, y arrellanóse majestuosamente en una amplia butaca.

—¿El número de órden?  
—Aquí lo tiene V. Es el 13.—contestóle con cierta sorna el ujier, alargándole la numerada tarjeta.

D. Gonzalo no se inmutó... sensiblemente. El era «hombre de su tiempo», «despreocupado», «escéptico», «positivista», «enciclopédico!» como él, enamorado de la terminología retumbante, se apellidaba alguna vez.

—¡Vaya un número! ¡El 13, el 13...!

Y para distraerse de la preocupación que le atormentaba, avergonzándole, tomó un diario que tenía al alcance de su mano, sobre una elegante mesa de centro, y se puso a leer.

«17 Marzo. Viernes. Santa Gertrudis...»

—¡Demontre con las casualidades!... Bah, se murió, la enterraron y... en paz. Olvidémosla, sí, sí...

«Ayuno con abstinencia.»

—¡Ja, ja, ja! ¿Aún habrá mentecatos que ayunen pudiendo comer

bien? ¡En pleno siglo veinte! ¡Ja, ja, ja!

D. Gonzalo no pudo evitar que su risita volterianesca llamase la atención.

—¿De qué se ríe V., caballero?—le preguntó, picado de curiosidad, otro que estaba a su lado.

—Pues, nada, de esas... rancias de calendario sobre ayunos y abstinencias. Eso para cuando la Inquisición se metía en las cocinas... ¡En pleno siglo veinte! ¡Ja, ja, ja!

El caballero preguntó acompañado con un *je, je* mordaz los *ja, ja* boquiabiertos de D. Gonzalo, mientras éste, con aires de hombre satisfecho, volvía a pasear sus anillos brillantísimos sobre el segmento de círculo de su panza monumental, que rebosaba triunfadora de la amplia butaca.

—¿El número 13?

No pudo evitarlo. Un estremecimiento de horror agitó sus miembros. Al ponerse en pie, le temblaron las piernas por primera vez en su vida. ¡El núm. 13!

D. Gonzalo reaccionó al momento. Claro. ¡Todo un señor enciclopédico! azogarse por una... «casualidad numérica!»

Y con paso firme se dirigió a la puerta del despacho.

El doctor se la franqueó ceremoniosamente. Por un visillo disimulado había visto la olimpica figura del nuevo cliente. «¡Buen pez!» se dijo para su colete.

—Haga V. el favor de pasar y tomar asiento. Está V. en su casa, señor mío. Usted dirá lo que se le ofrece. Estoy a sus órdenes.

—Un millón de gracias, doctor, —contestóle D. Gonzalo, mientras se estrechaban las manos a la altura del pecho ambos personajes.

El nuestro se dejó caer en una mullida *chaise longue* y alargó el pulso al doctor.

—Una pequeña irregularidad. ¿La lengua?... Algo irritada. A ver, ¿qué le molesta a V.?

—Pues nada, doctor: siento pesadez continua en el estómago; acideces y mal gusto en la boca al hacer la digestión, siempre laboriosa; opresiones de pecho a ratos y ligeros desvanecimientos, náuseas y vómitos alguna vez... ¿qué sé yo? Y lo peor del caso es que voy perdiendo

el apetito y el humor, y la cocina francesa, á la que profeso, como toda persona chic, verdadero culto, ya no me excita...

—¿Y los intestinos?  
—No me hable V., doctor. Son unos indiscretos. Me comprometen á cada paso con sus retruécanos...

—¿Retóricos?—se adelantó á decir el doctor, con fina malicia, para sacarle de puros.

—Nada, nada. No se apure V. Yo le aseguro una curación completa y facilísima. Fuera recetas. Tampoco se fie usted de específicos, que le echarían á perder el estómago. El remedio no puede ser más sencillo.

Y cogiendo la pluma...  
—D. Gonzalo de Tragón respiró hondamente, satisfactoriamente.

—Volverá el apetito! Podré comer á mis anchas! Y por su placida imaginación desfilaban las mesas deslumbradoras, los banquetes opíparos, toda la succulenta letanía de la cocina francesa... ¡Qué felicidad! murmuraba suavemente con ambas manos sobre el flatulento abdomen y los ojos en éxtasis, cuasi en blanco.

—Ahí tiene V. mi dictamen médico. Es una curación sin medicina.

—Magnífico, magnífico, doctor. ¿Quiere V. leérmelo?

—«Régimen lácteo de seis meses. Vida ocupada. Seis horas diarias de ejercicio corporal moderado. Dieta rigurosa de café, vino y licores. Prohibición absoluta de fumar.

—¡Por Dios, doctor, esto es mil veces peor que la rancia Cuaresma de nuestros abuelos! ¡En pleno siglo XX! ¡Esto puede ser!—exclamó aterrado nuestro elegantísimo epicúreo.

Y el doctor, hombre de mundo, púsole el dictamen, con la cuentecita, en la mano, y le dijo, afectuosamente, subrayando las palabras: Si hubiera usted ayunado á tiempo... Mas ahora, todo otro remedio podría serle á V. fatal...

E. S.

¡Oh las declaraciones!

Merced al conde de Romanones, ya la existencia se ha hecho barata... Tiene para estas graves cuestiones muy buena pata.

Las frases largas ministeriales nos han sacado de un grave apuro; si alguno cuenta con veinte reales, ya tiene un duro.

Según nos dicen hoy los papeles, marcha el buen conde por su camino; y el Briand de Francia con sus pasteles vale un comino.

Se reorganiza la Hacienda toda, se implantan nuevas tributaciones; nuevos impuestos, todo á la moda de las naciones.

De las naciones como Inglaterra, como Alemania, como Argentina, donde se compran por una perra kilos de harina...

Los sindicatos de los obreros, los sindicatos agricultores, tendrán de sobra muchos dineros, muchos honores.

Para las costas habrá cañones; para las tropas habrá cuarteles; ya no hacen falta Jurisdicciones ni más papeles.

Habrà cultura, prestigios netos, muchas escuelas, muchas reformas, no habrá dos pares de analfabetos con tales normas.

Al que no quiera saber cristiano no se le enseña, porque eso es viejo... ¡Qué presidente más campechano el presidente de este Consejo!

M. ANIDO.

Panorama

Ha repetido el conde de Romanones

que piensa hacer sin trampas las elecciones.

Tan imposible le parece esto al Mefistófeles electoral que hoy es jefe del Gobierno, que no cesa de repetirle para convencerse á sí mismo.

—Pero ni por esas.

A la trampa electoral impulsa á D. Alvaro la velocidad adquirida, que viene á ser una forma de la fatalidad.

Este es el verdadero D. Alvaro ó la fuerza del sino.

El Ayuntamiento de Rio Janeiro ha acordado prohibir la circulación por las calles de personas descalzas.

Bien hecho, porque por regla general, las gentes que andan descalzas lo hacen por presumir ó por puro sport. Conque que se calcen y no tonteén.

También debe acordar el Ayuntamiento de Rio Janeiro que todo ciudadano tenga por lo menos cinco casas de su propiedad y un automóvil.

Los que allí andan descalzos con frio se reirán de ese acuerdo «sin ceiro»

como yo me río, me río... Janeiro!

Los liberales dinásticos de Barcelona han decidido no unirse á los demás monárquicos para luchar en las próximas elecciones, sino votar á los de la izquierda en los distritos en que ellos no presenten candidatos.

Comentando esto, pregunta un periódico de Madrid al conde de Romanones qué le parece de la conducta de los liberales de Barcelona. ¡Hombre, por Dios, no sea usted cándido! ¿Qué le va á parecer? Correcta, irreprochable, patriótica y europea.

El propio conde es el que ha señalado ese camino por donde echan á andar los liberales barceloneses.

¡Media vuelta á la izquierda! Esta es la voz que ha sonado en el partido liberal dinástico en nuestros días.

A la izquierda, como flecha, se dirige de esta hecha

unido en abrazo estrecho, olvidando á la derecha y atropellando el derecho!

La rivalidad franco-alemana se manifiesta en todo, pese á los intentos de aproximación entre ambas naciones que tantas veces se han hecho.

Se conoce que la crecida del Sena ha picado el amor propio de los alemanes y ya anuncian de Colonia que el Rhin se ha salido también de madre en aquellas inmediaciones.

El agua ha empezado á correr por los campos en gran abundancia, según el aludido despacho de Colonia dice.

Supongo yo que en vista de eso bajará ahora de precio el agua de Colonia.

AMADIS.

CONVERSESES

—¿Ya vens del Mercat, Francisca?

—Sí, Pepa; vinc de compra, porque aixó de la bocónica, maneta, no pot pará.

—¡També vas ben carregada!

—Com hi vaig de tart a tart es qüestió d'aprofitarho.

—Tú fas be. ¿Qué tal está la plassa avuy? ¿Molt puijada?

—¡No, xica, vateu allá!

Yo hay trobat en molt comodo este solatjet de naps,

y este pané de pataques

l' hay pogut traure en dos rals.

—Pos, xica, has fet bona compra.

—Per aixó hay carregat tan.

—Y qué, ¿no has notat encara per allí cap novetat?

—Mana, no hay vist res de nou; tot m' apareix que está igual.

—Pos ans de passá molts dies diferencia hi notarás.

—¿Y aixó?

—Sembles l' atontida.

¿Pos que no t' has enterat del bando que l' sinyó alcalde

fa uns dies ha publicat?

—Mana, no hay sentit di res.

—Pos, segóns m' han explicat, hi ha unes ordens molt severes.

Diu que d' aquí per avant sirá alló una bassa d' oli.

No sentirem disbarats com mos dien més de quatre a les que aném a comprá.

—No me n parles; uns descars que t' dixeran pera pelá.

Vas a una y li preguntes en tota moralitat:

—«Xica, ¿a com peses la lliura d' estes tomates?»

—A ral.

—¿A quinze céntims les dones?

—¿Que t' creus que les hay robat?

—¡No t' parlo tan avant, xica!

—¡Vaiga, ves, morta de fam!

—Mira la quiero y no pnedo!...

Y si vols, acotxa l' cap, porque descars com estos

te ls sentes a cada pas.

—Pos ya pots está segura que tot aixó s' ha acabat,

y sirém ara tractades

en molta amabilitat. Tampoc no hi haurá baralles, y si per casualitat de raons dos s' antravessen ó si arriben a les mans anant a sarpa la grenya, se les escarmentará, pos cap a casa la yeya detingudes farán cap, y hasta podrán se aspolsades de vendre dins del Mercat.

També sirán tots los géneros de la milló calitat, y no 's vendrá l' peix pudent, ni l' abadeijo passat, ni les sardines podrides com s' ha solgut doná cas.

Lo virám estará en gabies; la verdura, tota en alt, y 's vorá per tót arreu una llimpessa molt gran.

—Pos, si es així, qu' així sigat.

—Dona, ya m' contestarás.

Per la copia,

CHIMET.

Lo que quiere la mujer...

Apurado estaba el tío Cristóbal, pero apurado de veras: ya se lo decía á su mujer: —¿Lo ves? Mira lo que he sacado de meterme en camisas de once varas. ¿Qué necesidad tenías de marearme hasta que hube aceptado ese maldito oficio de alcalde?

—¿Qué necesidad? ¿Y todavía lo preguntas? ¿Acaso los hombres de bien no están obligados á impedir que gobierne un granuja? ¿Quién hubiera sido alcalde á no serlo tú?

—Ya sé... ya sé... ¡Pero mira en qué lios me he metido!

—¡Válgame Dios! ¡Ni que se tratase de pleitar con el rey de Inglaterra! ¡Y se trata de que quieran cambiar el nombre de una calle!

—¡Y lo harán!

—¡Y no lo harán, si no lo quieres tú! ¡Conmigo tendrían que habérselas!

—Es que ya estoy harto de discusiones, de escándalos y de que me pongan en ese papelucho que sale por ahí!

—¡Cuidado! ¡Que no te rompan un hueso! ¡Gallina! ¿Y no te da vergüenza de acobardarte por tan poca cosa? Con tu mujer habrían de tratar.

—¡Ojalá! Así no tendría que aguantarlos yo.

—Cualquiera diría que es cuestión de sudar sangre. Y al fin no se trata más que de defender los derechos, los sacratísimos derechos de Dios. Una calle que desde tiempo inmemorial se llamaba del Santísimo Sacramento, tener que llevar ahora, el nombre de un... ¡Dios me tenga la lengua!

—Pero...

—No hay pero que valga. Tú has oído contar cien veces lo mismo que yo, que el agua del río desbordado se detuvo en ella delante de la Hostia santa. Por eso la calle se llama así. ¿Y ahora permitirás que consa-

greda al infierno ese lugar bendecido de Dios? ¡Si tu madre viviese!

—¡Calla y no me apures, mujer! ¿He dicho yo que quisiese consentirlo?

—Una cosa muy parecida. ¿Oíste ayer á nuestra niña?

—¡Dejadme en paz tú y ella! Me voy á la sesión.

—¡Por Dios, Cristóbal! ¡Mantente firme!

—Cualquiera diría que yo no se aguantar la vara de alcalde.

—¡Dios lo quiera!

II

El alcalde vuelve con el rostro radiante de orgullo: su mujer le recibe ansiosa.

—Y ¿qué tal?

—¡Alégrate, mujer! Hemos triunfado en toda la línea! Ahora sí que veo que el genio sirve de algo.

—¿No te lo dije?

—¡Si hubieras visto la que se armó! De seguro que te echas á correr, tú que en casa eres tan valiente. Pensé que me pegaban. Pero, al ver que me aguantaba firme, algunos que, al principio, se dejaban arrastrar, se han puesto á mi lado. Y hemos salido con la nuestra.

—¡Bendito sea Dios! Ahora sí que voy á gloriarme de ser tu esposa.

—¡Cualquiera diría que he conquistado el Santo Sepulcro!

—Has cumplido tu deber, has defendido tu fe con valor... ¿Qué podías hacer más?

Y el tío Cristóbal, sentándose junto al hogar entre su esposa y su hija, que había corrido á abrazarle, contó la tremenda batalla, las protestas, las invectivas, el tumulto y, sobre todo, su sangre fría, su inquebrantable firmeza... Estaba orgulloso de ser alcalde.

¡Oh! Si los buenos hiciesen por su fe todo lo que pueden, no serían ciertamente los malos los que se llevasen siempre la victoria.

TRINIDAD ALDRICH.

BOCADILLOS

¡Qué batacazo, señores!

Aquello fué el descuaje; aquello fué el disloque.

El batacazo más descomunal, fenomenal, despampanante y morrocotudo que han llegado á presenciar los siglos pasados y presente, y que dudamos pueda repetirse en las futuras edades, por torpes, por babiecas, por fatuos, vanidosos y presumidos que sean los anticlericales que tiempo á venir alcancen la altísima honra de sentarse en los sillones de nuestro Ayuntamiento.

Prometieron los republicanos, y lo prometieron de palabra y por escrito, solemnemente, públicamente, dimitir el cargo de concejales si antes de Enero no se suprimían los consumos previa rebaja del cupo en cantidad de veinte mil duros.

Y durante el mes de Diciembre

en todas las sesiones repetían la misma amenaza, la amenaza de abandonar á Tortosa, los intereses de Tortosa, la administración de Tortosa, dejándola huérfana, sola, sin defensa, completamente desamparada, sin su apoyo y sustentáculo.

Y mientras «El Pueblo» galleaba, mientras «El Pueblo», ahuecando la voz, amenazaba con la dimisión, EL RADICAL se reía, se reía á mandíbula batiente, porque nosotros, que conocemos á Manolín y conocemos también á Marcelino, sabemos que todo aquello pararía en *eigua de borraines ó en such de bledes*.

Y tal dit, tal fet.

Llegó Enero..., y como no vino la rebaja, y los republicanos habían prometido solemnemente, públicamente, que si la rebaja no venía ellos presentarían la dimisión, se resolvieron á hacer una hombrada, y cumplieron su palabra... no presentando la dimisión.

Aquella fiera malvada resultó... ¡una cucafera de fusta!

Pero, según como se miren las cosas, ¡qué caray! ¡Las sesiones del Ayuntamiento serían tan divertidas si no asistieran á ellas y de ellas no formarían un número especial los señores Guarch y Domingo en regocijada competencia?

Nosotros le queremos mucho, pero muchísimo, al Sr. Guarch.

Es un concejal muy campechano y muy francote. Muy francote sobre todo.

Bien lo demuestra en sus discursos declarando noblemente que él «no entiende esto», «no comprende cómo puede ser aquéll», «no sabe cómo puede hacerse lo otro». Sí, señores; bien lealmsnte lo dice, y esa franquesa le honra y le hace merecedor del aprecio de todos los consejales y del público en general.

D. Marcelino Domingo va por otro camino. Es un concejal muy enemigo de todo lo que huele á sotana, de todo lo que trasciende á catolicismo; y es notable, más que por otra cosa, por el tonillo plañidero y llorón que suele dar á sus discursos. Tiene el corazón muy sensible y más blando que una *figa cóquera*.

En la penúltima sesión se lamentaba de que los muchachos de quince y dieciséis años estuviesen juntos con los presos mayores en la cárcel, porque allí se pervierten, aprenden picardías que deben ignorar, y salen de allí peores que al entrar.

Hasta aquí, quedan muy justificadas sus lamentaciones; pero de ese abandono en que están los presos jóvenes debe culparse á todos los Gobiernos liberales demócratas y liberales conservadores, y al Gobierno de la república en su tiempo.

Para evitarles á esos chicos todo contagio y todo mal ejemplo; para que durante el tiempo que siga la causa y el cumplimiento de la con-

dena puedan ser instruidos, educados, reciban buenos consejos y sean más tarde ciudadanos dignos y hombres honrados, ¿qué les parece á ustedes que propuso el republicano anticlerical D. Marcelino Domingo, ese ridículo traga-curas? Pues que sean trasladados á Tarragona y que ingresen en el asilo ó establecimiento que allí existe, en donde se les inculquen sanas doctrinas, se les ofrezcan altos ejemplos de virtud, se les haga buenos, en una palabra.

Y éste es el batacazo, el batacazo estrepitoso, fenomenal, de Marcelino Domingo, de ese anticlerical, enemigo furioso y ridículo de los católicos, de la piedad católica, de la Iglesia católica, y á quien pone fuera de sí y saca de sus casillas la sola vista de una cruz.

(Si esta cruz no está pensionada, claro está).

Porque es una verdad que en Tarragona existe semejante asilo ó establecimiento; pero hay que añadir que ese establecimiento, ese asilo á donde Marcelino Domingo quiere enviar á los muchachos, á los golfillos, á los rateros detenidos en la cárcel, no es una institución oficial, no es una institución creada por el Gobierno y no depende del Estado, ni de la Provincia, ni del Municipio de Tarragona. Y aquí está la madre del cordero.

¿Qué carácter tiene, pues, esta institución? ¿Quién la sostiene y para qué se fundó?

Nosotros vamos á decirselo á don Marcelino Domingo y á todos los republicanos y á todos los anticlericales que semanalmente leen «El Pueblo»... y EL RADICAL.

Ese establecimiento, esa especie de casa de corrección que tanta confianza le merece al Sr. Domingo por la sana doctrina que allí se enseña, por los altos ejemplos de virtud que allí se dan, por la sólida instrucción que en ella se recibe, es sencillamente una fundación piadosa, una fundación clerical, altamente clerical; tan clerical, que fué creada por dos sacerdotes, por dos ensotanados, y se sostiene con las limosnas de los católicos, supliendo así la deficiencia del Estado, el abandono de los Gobiernos, la indiferencia y la apatía de los que chillan por la cultura, de los que hablando continuamente de instrucción y de progreso moral y social, sólo cuidan de su personal provecho y de llenar su panza y de vivir á costa del pueblo, de cuya ignorancia viven y cuyos vicios y pasiones explotan.

Los jóvenes recogidos en ese Asilo no pagan estancia ni pensión alguna; son mantenidos gratis, cuidados y asistidos gratis; vestidos gratis, instruidos y educados gratis.

Y sacerdotes son los que lo fundaron, y sacerdotes los que están al frente, y sacerdotes y religiosos los que enseñan, instruyen y educan á los jóvenes que necesitan ser educados y carecen de instrucción y deben ser encaminados y dirigidos por

la senda del bien y de la virtud para ser luego, como ya hemos dicho, honrados padres de familia y dignos ciudadanos.

¿Sabrá decirnos D. Marcelino Domingo dónde están y cuáles son las instituciones fundadas por los anticlericales? No sabrá decirnoslo porque no las hay.

Y es curioso, pero muy curioso, que cuando esos anticlericales ven la necesidad de educar y dar buenos ejemplos é instruir á la juventud, tengan que recurrir á los establecimientos fundados por los católicos, porque no son ellos capaces de hacer el menor sacrificio por el bien del pueblo.

Y vaya luego por esos trinquetes, cafetines y parideras, y vaya publicando artículos en su semanario acusando á los católicos y diciendo y pregonando falsamente que la bondad y la instrucción, que la ciencia y el bien y el amor y la virtud no están ya en la Iglesia católica, no están ya en los católicos, no se encuentran ya entre los sacerdotes; que mientras él siga hablando de lo que no sabe, nosotros nos reiremos de sus discursos y de sus escritos, recordándole su confesión, su confesión de que para instruir, para educar á los jóvenes pervertidos, para llevarles por el camino del bien y de la virtud, no hay otro medio que recogerles en un asilo fundado y sostenido por sacerdotes, y por sacerdotes católicos.

En la sesión de anoche, el concejal D. Marcelino Domingo cantó un himno al principio republicano «igualdad ante la ley», tronando y relampagueando contra los privilegios.

Pero eran truenos y relámpagos de mojiganga; porque esos caballetes no quieren privilegios para los demás, porque los desean todos para sí.

Un ejemplo: Entran en la cárcel preventiva dos ciudadanos, condenados á dieciocho meses de prisión: uno de ellos va á cumplir su condena en Tarragona, dejando á su mujer y á sus hijos, y allí duerme en un miserable jergón, sobre el duro suelo, y come rancho; el otro, republicano anticlerical, mediante certificados que se le expiden cada mes, pasa el tiempo de su condena en la cárcel de su pueblo, y es visitado por su esposa, y recibe la comida de su casa, y duerme en colchón de lana, y tiene á su disposición un cuarto relativamente cómodo, y va y viene por la cárcel como Pedro por su casa.

¿Creen Vds. que, viendo esa desigualdad, habrá un republicano que proteste contra semejante privilegio y reclame y exija el cumplimiento de la ley? No.

¿Levantaría su voz Marcelino Domingo? De ninguna manera, si el privilegiado fuera amigo suyo.

Por esto decimos que al oír anoche cómo tronaba y relampagueaba D. Marcelino, decíamos nosotros que eran truenos y relámpagos de comedia bufa.

Sin perjuicio de que ese republicano *fill de la polla rossa*, en cuanto salga á la calle, si es predicador de mitin, tronará también contra los privilegios.

Son partidarios de la *lley del ambut*; *l'ample pera mí, l'estret pera tú*.

